

* DIALOGAMOS *

La revista "TERRA" del mes de marzo lleva dos artículos que me han despertado la necesidad de comentar: "La historia d'unes nenes de còl-legi", y "El poble vist pels seus joves". A ambos saludo, porque decir libremente lo que se siente, es una cualidad altruista del ser humano, indispensable en las relaciones de los hombres.

Al leer estos dos artículos he sentido un quejido y una protesta por este estado de solitud-enfermedad de la civilización- que cada día invade más al ser, debido a un progreso mal digerido y una cultura que no encuentra el camino de su siglo.

"SOY DE LOS QUE NECESITAN LIBROS Y TIERRA PARA SENTIRME EN MI NATURALEZA"

Os querría hablar en catalán; pero no lo sé escribir. No he tenido la suerte de aprenderlo, y si no lo estudio a los setenta años es por falta de tiempo, ya que lo dedico a escribir y cuidar por placer el huerto y el jardín. Soy de los que necesitan libros y tierra para sentirme en mi naturaleza.

Como veis os hablo de tú. Es mi expresión natural. No sé hablar de otra manera cuando hablo de igual a igual, como también necesito este trato. El vocablo "señor", siento que me separa, me distancia de mi interlocutor, cuando el "tú" me acerca, me hace tomar confianza, y con ello nace la amistad. El "tú" es el primer nominativo que el niño oye al nacer, y son todos los niños sin diferencia de posición o color. Lo oye por docenas de veces de su madre que es carne de su carne. Por eso el niño trata de "tú" antes de que se le imponga lo que llamamos modales educativos y de civilización, porque él no diferencia al rey del palacio, ni al amo del que lo sirve por necesidad de comer.

"PERO VAMOS A LO QUE QUEREIS SABER"

Primero es un recuerdo. Este camino que haceis, "nenes del Sobirà", todos los días de escuela con un sentido rutinario, yo también lo he hecho pero con otra característica: me parecía un juego. Cuando el sol declinaba y alargaba las sombras de los árboles, yo dejaba los bosques del Crous o de Juanuix, y saltando, brincando o corriendo llegaba a Sant Hilari, antes de que la noche cerrara las ventanas del día; casi siempre iba solitario.

Mi madre tenía la cena caliente: un día patatas y le otro judías con un pequeño pedazo de tocino graso, la carne de los pobres. Pero qué bueno era y qué calidades le daba el hambre. Mis hermanos me miraban comer mientras ellos comían las "balas d'arbós" que yo les traía todos los días si estaban maduras. Sin embargo lo que más siento en este recuerdo, en esta imagen familiar, son las miradas de mi madre. ¡Com qué ternura nos envolvían los negros ojos de aquella desesperada mujer, desesperada por la preocupación de toda madre en dar de comer a siete hijos -que no habían pedido venir al mundo- y que los siete abren la boca a la vez, como una nidada de pájaros cuando llega la madre con el gusano en el pico!.

Caliente el estómago, subía corriendo la cuesta de la calle Rocosa para llegar a tiempo a las lecciones de noche, que, pagando, daba el barbero Sánchez, como también había tenido al republicano Ginesja, el mejor maestro que había tenido. Por la mañana siguiente, aún el sol no calentaba, recitando la lección de la noche para los pájaros y los árboles, volvía a hacer el camino, y debía llegar a la hora, pues era el cocinero de la cuadrilla de los destraleros y el vigilante del carbón. Lo cual os aclarará porqué firmo Ton "Carboner", ya que generación tras generación hizo tanto carbón, que no solo nos ensuciaba la cara sino que nos dió el mote para toda la vida.

